

# Enviada especial

Jean Echenoz

# Enviada especial

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Envoyée spéciale  
© Les Éditions de Minuit  
París, 2016

*Ilustración:* Jean-Pierre Gibrat

*Primera edición:* marzo 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Javier Albiñana, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7977-3

Depósito Legal: B. 3306-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

I

Quiero una mujer, profirió el general. Lo que necesito es una mujer, desde luego.

No es usted el único que se halla en esa situación, le sonrió Paul Objat. Ahórreme sus reflexiones, Objat, se crispó el general, no quiero bromas al respecto. Un poco de compostura, santo Dios. La sonrisa de Objat se eclipsó: Le ruego que me disculpe, mi general. No se hable más, dijo el oficial, meditemos.

Falta poco para el mediodía. Ambos hombres meditan, sentados a una y otra parte del escritorio metálico verde, viejo modelo reglamentario con cajones tras el cual se sienta el general. Tan sólo ocupan el tablero de ese mueble una lámpara apagada, un paquete de puritos Panther Tango, un cenicero vacío y un vade de papel secante muy antiguo, completamente deshilachado, que parece haber absorbido y concluido un sinfín de asuntos desde, digamos, el dossier Ben Barka. El escritorio verde ocupa el fondo de una estancia austera cuya ventana da a una plaza de cuartel pavimentada. Además hay dos sillas tubulares de escay, tres armarios clasificadores con dossieres colgados y una mesilla que soporta un viejo y voluminoso ordenador

mugriento. Todo eso no data precisamente de ayer y la butaca del general no parece muy cómoda, los brazos están oxidados, las esquinas resquebrajadas permiten distinguir, ver cómo se desprende a jirones, su infraestructura de poliuretano de primera generación.

Los toques de mediodía acabaron sonando en el campanario cercano de Notre-Dame-des-Otages. El general cogió un purito, lo observó, masajeó, olfateó y volvió a meterlo en la cajetilla. Una mujer, repitió en voz baja, hablando consigo mismo. Una mujer, dijo subiendo el tono, pero no sólo eso. Desde luego no una en prácticas como hay tantas. Una totalmente ajena a las redes, ¿me explico? No del todo, hubo de admitir Objat. Pues eso, una inocente, resumió el general. Que no sepa nada de nada, que haga lo que se le diga sin hacer preguntas. Tirando a guapa, a poder ser.

Son muchos requisitos, objetó Objat, costará encontrar una así. Lo sé, reconoció el general. Volvió a entrea-brir la cajetilla de Panter Tango, la examinó con afecto y la cerró delicadamente, mientras Paul Objat dejaba vagar los ojos por las paredes del despacho, sin pintar desde hacía tiempo, y buena parte de cuya superficie estaba sembrada de documentos diversos: fotografías más o menos nítidas de personas, de cosas, de lugares con frecuencia vinculados con flechas trazadas con rotulador, pinzas de doble clip que sujetaban fichas y esquemas abstrusos, recortes de prensa, listas de nombres, mapas geográficos atravesados de hilos prendidos con alfileres de señalización multicolores. Un retrato oficial del presidente de la República. Nada personal; ni fotos familiares, ni postales enviadas por compañeros de vacaciones, ni reproducciones de Van Gogh y otras menudencias.

Haciendo caso omiso de nuestras obligaciones de discreción y del secreto de Estado, precisemos primero la

identidad del alto oficial. General Bourgeaud, sesenta y ocho años, ex funcionario del Service Action –planificación y realización de operaciones clandestinas–, especializado en la infiltración y exfiltración de personalidades muy expuestas con un objetivo de información. Rostro abrupto y mirada seca, pero no nos entretengamos: más adelante volveremos a su apariencia. Habida cuenta de su antigüedad y su jerarquía, poco a poco fueron descargándole de sus responsabilidades, si bien, en consideración a los servicios prestados, se le permitió seguir utilizando su despacho y a su ordenanza, y se le mantuvo el sueldo íntegro, aunque no su coche oficial. Como no se resigna a que se lo quiten totalmente de encima, Bourgeaud sigue montando algunas operaciones de tapadillo para no oxidarse. Para ocuparse con algo. Para el bien de Francia.

Frente a él, también de paisano, Paul Objat es un tipo bastante guapo, de voz suave y mirada tranquila, la mitad de la edad del general, un cuarto de sonrisa perpetua tan tranquilizante como lo contrario, y que recuerda a veces al actor Billy Bob Thornton. Creo que tengo una idea, dijo Objat. Adelante, desarróllela, lo alentó el general, que seguía precisando su proyecto.

Lo más importante, sabe usted, es someterla a una especie de purga tan pronto demos con ella. Mantenerla totalmente fuera de onda durante algún tiempo antes de hacerla intervenir. Una buena cura de aislamiento, por decirlo así. La personalidad se modifica en esos casos. No diré que eso destruya el carácter, pero crea reacciones de mayor adaptación, vuelve al sujeto más dúctil.

¿Qué entiende usted por dúctil?, preguntó Objat, desconozco ese adjetivo. Bueno, pues digamos manejable, obediente, dócil, maleable, precisó el general, ¿de acuerdo?

De acuerdo, dijo Objat, creo que veo de qué se trata. Incluso me pregunto si no se me ocurren ya varias ideas.

Tampoco hay que pasarse, lo moderó el general, que seguía aquilatando su plan. Cuando le hablo de ese tratamiento depurativo, que se me antoja necesario, no estaría de más comenzar provocando un pequeño estado de choque, sin dudar en atemorizarla un poco llegado el caso. Sin violencia, por supuesto. Ni que decir tiene, mi general, sonrió de nuevo Objat, es más, creo que se va plasmando mi idea. Dados los términos de su plan, incluso podría ser una excelente idea. Una persona que debería encajar a la perfección. Buen perfil, bastante disponible, podría resultar, como decía usted, dúctil. Con una buena preparación, puede funcionar. ¿Más bien guapa?, insistió el general. Nada mal, lo tranquilizó Objat.

¿La conoce usted bien? No del todo, dijo Objat. Coincidimos una vez en casa de una gente, me pareció interesante, lo importante es que ella a mí no me conoce. Desde luego, convino el general, es importantísimo, la operación es delicada y la situación inédita. Estoy con usted, reconoció Objat, pero ¿no tendrá usted un poco de hambre? Me han hablado de un restaurante que no está mal, no lejos de aquí, cerca de Jourdain, se llega directo en metro. Es verdad que ya no tengo coche, recordó el general, pero bueno, muy bien. Venga, vamos así.

Tras escoger y deslizar el general un purito en su bolsillo de la pechera, se enfundaron ambos sus respectivos impermeables —color arcilla uno, perla el otro—, por más que no cayera lluvia alguna en el boulevard Mortier donde se encontraron, en el distrito XX de París. Cuando echaron a andar hacia la estación Porte des Lilas, que se halla a cuatrocientos metros del cuartel, el general Bourgeaud felicitó a Paul Objat sin mirarlo y con voz rezongona, casi severa,



poco acorde con su propósito. Sabía que podía contar con usted, Objat, suele tener las ideas oportunas, me ha prestado grandes servicios. Le tengo aprecio, Objat, sabe usted. Y conociendo como conocía a su superior, Objat no pudo por menos que sobresaltarse ante tal declaración.

En el restaurante, ensalada de orejas de cerdo y estofado de carrillada de buey: Bueno, ¿y qué pasa con esa buena mujer?, quiso saber el general. Me pongo a ello esta misma tarde, prometió Objat, necesito buscar referencias y hacer dos o tres llamadas. Pero cuanto más lo pienso más creo que nos vendrá que ni pintada. No sabe usted hasta qué punto. No me costará dar con ella, ya veo cuáles son más o menos sus señas.

¿Por qué zona vive esa mujer?, inquirió distraídamente Bourgeaud al tiempo que desmenuzaba un trozo de oreja. Por el XVI, contestó Objat, por la zona de Chaillot. Buen barrio, dictaminó el general. Es bastante tranquilo, pero un poco triste, ¿no? En fin, es lo que suele decirse. Yo nunca he abandonado mi pequeña primera planta con jardín cerca del Observatoire, siempre me he encontrado de perlas ahí. ¿Y usted, Objat, en qué barrio vive? Pues la verdad, mi general, evitó contestar Objat, es que resulta un poco complicado en estos últimos tiempos. Digamos que estoy embarcado en varias mudanzas.

*TROCADÉRO. En la última planta de un edificio art déco ideado por Henri Sauvage, este piso de 64 m<sup>2</sup> que da a dos calles tiene una situación ideal. Pensado como taller de artista (altura de techo 5 m), orientado a pleno sur, esta particularidad infrecuente y tranquila permite disfrutar de una vista despejada sobre el palacio de Chaillot y el cementerio de Passy.*

*Ascensor, sótano, posibilidad de parking.*

*Precio: a consultar.*

El precio es lo que no cuadra en absoluto, estimó el agente inmobiliario, resulta muy caro. Lo sé, reconoció Constance, pero tampoco me interesa deshacerme enseguida de él, no me corre prisa. Lo hago sólo a título indicativo, por saber si se puede partir de esa cantidad. El agente llamado Philippe Dieulangard se encogió de hombros y se sentó ante su ordenador. Ese movimiento, que hizo brotar de su persona una potente emanación de la loción para después del afeitado Hugo Boss, hizo que las fosas nasales de Constance se fruncieran. Dieulangard precisó algunos detalles del anuncio (disposición de las habitacio-

nes, cocina integrada, cuartos de baño independientes, etcétera), antes de componerlo e imprimirlo estampillado con el adjetivo EXCEPCIONAL en mayúsculas góticas color sangre de buey. Una vez pegado entre los demás en el escaparate acristalado de la agencia, Constance y él salieron a comprobar su efecto.

Quedaría mejor con una foto, le observó Dieulangard. Una foto dice más, expresa más cosas. Cuando ella le recordó que tampoco le importaba tanto, el agente tan sólo encogió un hombro en esta ocasión, la saludó y la abandonó ante el escaparate en el que Constance leyó cuidadosamente todos los demás anuncios de viviendas en venta y en alquiler, cada una al detalle, imaginando en cada caso otra posible vida, otros destinos, otros amores, otras penas, y preguntándose qué cambios de aspecto adoptaría en uno u otro domicilio, como se entra en el corazón de un nuevo casting: vestuario, peinado, maquillaje. Soñando despierta ante el cristal y reflejándose en él, aprovecha para hacer un balance rápido: retoque de rojo terciopelo Burberry 308, vistazo a su esmalte Chanel 599 PROVOCATION, se ahueca un poco el flequillo, se empolva las aletas de la nariz y retrocede un paso: plano de conjunto de Constance en el escaparate de Inmobiliaria Dieulangard, sobre fondo de pequeño tráfico de coches en la dirección única de la rue Greuze.

Blusa azul ajustada, pantalón skinny antracita, zapatos planos, corte a lo Louise Brooks y curvas a lo Michèle Mercier, lo cual no acaba de conjuntar muy bien pero sí, pega a la perfección. Treinta y cuatro años, poco activa y poco diplomada –apenas dos cursos de derecho–, esposa de un hombre cuyos negocios funcionan o al menos han funcionado, pero la vida con este hombre sólo funciona a medias: vida material fácil, vida matrimonial cero. Velei-

dades de divorcio, perspectivas de apaños, rupturas seguidas de conciliaciones, todo según los días. Al hilo de ello reparte su existencia entre el domicilio conyugal, aunque cada vez con menor frecuencia, y el piso que se está planteando vender, a la espera de decidirse. Una vez trazada esta breve ficha descriptiva, Constance vuelve la espalda a su reflejo, se aleja de la agencia y desde la rue Greuze, a pie, en dirección a su raro y apacible nido, son entre seis y ocho minutos bordeando el cementerio de Passy.

No ha reparado, en ese movimiento hacia su casa, en que dos movimientos más la siguen paralelamente: el de un hombre a cincuenta metros y el de una furgoneta a cien. El hombre viste un mono de trabajo muy limpio, casi anormalmente planchado, y lo que parece ser una caja de herramientas le cuelga de una correa del hombro. Tras él, a su costado, el vehículo comercial desprovisto de portezuelas y de cristales laterales traseros ostenta en su lugar el logo de una empresa de reparación multiservicios. Como Constance acaba de pararse ante la entrada principal del cementerio, el hombre y la furgoneta se han detenido en el acto. Y como ella no tiene nada que hacer, lo cual es frecuente, como la primavera en ciernes lo permite, parece ocurrírsele la idea de darse una vuelta por el cementerio. Una vez que desaparece entre las tumbas, la furgoneta y el hombre se acercan respectivamente para aparcar a una y otra parte de la entrada.

El cementerio de Passy es, con mucho, el más elegante de París. De dimensiones bastante reducidas, es imbatible en la proporción de individuos ricos y famosos por metro cuadrado, sobre todo en el ámbito de las artes y las letras. Además, está construido en un alto, lo que permite a las personas que allí yacen mantenerse siempre por encima del nivel de los vivos. Todo contribuye a que sea un lugar

de buen tono. Reina una atmósfera discreta entre las sepulturas impecablemente cuidadas, el pavimento de las avenidas se mantiene con pinzas depilatorias, el porte y el atuendo de las viudas al igual que el de los herederos denotan una distinción innata cuando armados con una regadera bajo los castaños, bajo los magnolios, acuden a refrescar a sus desaparecidos. Estos mismos supervivientes han hecho asimismo todo por su bienestar: es la única necrópolis de la ciudad cuya sala de espera tiene calefacción.

Poca gente sabe además que en el cementerio de Passy, lejos del siglo y de los focos, los residentes organizan regularmente un espectáculo de fin de año respaldado por un notable reparto: Fernandel, François Périer, Jean Servais, con Réjane y Pearl White en los papeles femeninos. Avalan la calidad de la obra el talento de otros difuntos: guión de Tristan Bernard y Henry Bernstein a partir de una idea de Octave Mirbeau, diálogos de Jean Giraudoux, decorados de Robert Mallet-Stevens, vestuario de Jean Pautou y música de Claude Debussy. El telón de fondo del escenario es de Édouard Manet, la puesta en escena de Jean-Louis Barrault. El libreto de la obra está disponible en la editorial Arthème Fayard. Se desconoce en general.

Así pues, Constance se dio un paseo por el cementerio. Estábamos en abril, finales de una mañana de abril, numerosas yemas prometían abrirse en torno a las estelas, las tuyas retoñaban a más y mejor. Los pensamientos, las caléndulas, los narcisos parecían de lo más saludables, aunque quedaban también bastantes flores ajadas, marchitas, secas sobre las tumbas, aún no retiradas por los empleados.

Cuando salió de aquella institución, se le acercó el hombre del mono azul, con expresión preocupada, sosteniendo un trozo de papel que parecía esforzarse en descii-

frar. Guapísimo con ese atuendo, juzgó de inmediato Constance, quien, de entrada, no deseó otra cosa que informarle. El hombre dijo que buscaba la rue Pétrarque, y la rue Pétrarque Constance desde luego la conoce bien. Para empezar, como le indicó, está al lado mismo. Y, además, hace diez años pasó allí dos meses enteros acostada con un tal Fred, sin salir a la calle, sin levantarse, sin abrir los postigos de un estudio en una planta baja que daba a un patio.

Pero Constance no precisó ese episodio. Se limitó a decir que era allí al lado, que podía acompañarle y el hombre dijo pues con mucho gusto, exhibiendo una curiosa sonrisa benevolente, connivente, inocente aunque un tanto taimada, divertida, un poco triste, extraño tío. Extraño tipo, pero lo cierto es que encantador, y a Constance le dio la sensación de que ella le gustaba, de que la atracción había sido inmediata y recíproca, de que el asunto parecía no presentarse nada mal, de que mira por dónde caía en buen momento, y subieron juntos la rue du Commandant-Schloesing hasta la esquina de la rue Pétrarque. Es éste un rincón urbano siempre tranquilo y poco concurrido al que llegaron cambiando tres palabras sobre la primavera en cierne, mientras la furgoneta multiservicios los adelantaba lentamente. Como tampoco es muy complicado aparcar allí, la furgoneta no tardó en encontrar un sitio.

El hombre del mono se detuvo a la altura de aquel vehículo diciendo: Espere un instante, me gustaría enseñarle una cosa que podría interesarle, y Constance pareció de lo más dispuesta a interesarse. El hombre deslizó del hombro la correa de la caja de herramientas, que abrió para extraer, siempre sonriente, un taladro. Fíjese, le dijo, ¿no es una preciosidad? Es el no va más este taladro, lo mejor

que se fabrica ahora. Compacto, ligero, eficaz, totalmente silencioso. ¿A que no está mal?

Mientras Constance asentía cortésmente, sintió que la agarraban de un codo: se volvió, era un tipo que acababa de salir del asiento delantero derecho de la furgoneta, y que ahora la cogía amablemente del brazo, igualmente sonriente pero mucho menos guapo: alto, huesudo, cuello descarnado, mirada de avestruz. Vea, vea, prosiguió el hombre del mono, magníficamente adaptado para trabajos de precisión, delicados y continuados. Ah, y sirve también de destornillador. Mire, lo voy a poner en marcha. Y Constance notó entonces que un tercer tipo, probablemente el conductor de la furgoneta, la cogía del otro brazo con la misma sonrisa afable, y aquél tampoco era nada del otro mundo: fornido, achaparrado, colorado, con morro de manatí. Semejante preámbulo no resulta precisamente tranquilizador de entrada, desde luego, pero habida cuenta de que los tres hombres exhibían una actitud amable, solícita, atenta, por un efecto de inocente mimetismo, Constance se puso a sonreír a su vez.

Bueno, dijo el hombre del mono, lo pongo en marcha, verá, y Constance vio en efecto que, en medio del más profundo silencio, la broca del taladro empezaba a girar rápidamente sobre sí misma al tiempo que uno de los tipos, sin soltar el brazo de Constance, alzaba con la otra mano el portón trasero de la furgoneta. Luego, cuando el hombre del mono dirigió la broca del taladro hacia la mandíbula inferior de la joven, como haría un dentista sin pedirle a uno que abriera antes la boca, Constance dejó de sonreír. Avestruz y Manatí la sujetaban ahora por los dos brazos, con firmeza.

Todo aquello sucedía sin testigos, ya que, hallándose cerca de las grandes arterias, lo cual permite una fácil retira-

da, la esquina de las calles Pétrarque y du Commandant-Schloesing es, como hemos dicho, un lugar poco concurrido, ideal para solventar con discreción un asunto. Constance parpadeó rápidamente cuatro veces. Por supuesto que no voy a hacer semejante cosa, la tranquilizó el hombre del mono, sólo era para que lo viera. De hecho, voy a dejarla tranquila, anunció señalando el portón abierto de la furgoneta, si quiere hacerme el favor. Y cuando Constance se volvió hacia el vehículo, pudo ver que su espacio trasero, separado del delantero por una pared metálica, estaba ocupado por una butaca de aspecto confortable pero cuyas patas y brazos estaban equipados con correas de polipropileno con cierres de plástico. Sobre el respaldo del asiento había una elegante capucha de plástico descuidadamente doblada.

Constance dudó como dudaríamos todos, pero, al observar que la broca del taladro seguía rotando, prefirió subir a la furgoneta a someterse, sin anestesia, a aleatorias actuaciones estomatológicas. Mientras Avestruz, tan jovial y tranquilizador como una auxiliar de dentista, la acomodaba sólidamente en la butaca, vio que Manatí conversaba brevemente con el otro, que guardaba su taladro y se dirigía hacia el Trocadéro sin volverse, pareciendo dar por finalizadas sus funciones. Antes de que cerraran el portón trasero, Constance lo siguió con la mirada, lamentando el sesgo que había tomado aquel encuentro. Porque, sin la menor duda, era un tipo realmente guapo con su mono tan bien planchado, una lástima. Una lástima. Y es que Constance no puede evitar que se le ocurran esa clase de ideas; como hemos podido ver, en asunto de amores está insatisfecha.